

DR. ALEXIS CARREL

(AUTOR DE «LA INCOGNITA DEL HOMBRE»)

LA ORACION

SU PODER Y EFECTOS CURATIVOS
VISTOS POR UN FISIOLOGO

PROLOGO DEL

DR. ENRIQUEZ DE SALAMANCA

(Presidente del Patronato «Ramón y Cajal» del
Consejo Superior de Investigaciones Científicas)

MADRID
1946

250.2 Carrarrel. - LA ORACION

PRECIO: 10 PTAS.

LA ORACION

Fundación
Padre
PINACHES

250.2 Carr

DR. ALEXIS CARREL
(Autor de «La Incógnita del Hombre»)

LA ORACION

Su poder y efectos curativos vistos
por un fisiólogo

Prólogo del
DR. ENRIQUEZ DE SALAMANCA
(Presidente del Patronato «Ramón y Cajal» del
Consejo Superior de Investigaciones Científicas)

Traducción del francés por
PRESENTACION ORTIZ CANTON
Licenciada en Filosofía y Letras

PROLOGO
DEL
DR. ENRIQUEZ DE SALAMANCA

ENTRE tantos y tan buenos libros sobre la oración, ¿por qué, lector amigo, preferiste leer éste? ¿Acaso fué por el renombre de su autor? ¿O tal vez por el contraste entre el autor y el tema? ¿O fué, quizás, por bucear en la intimidad psicológica de un grande hombre, de un científico que viene a parar al campo de lo religioso?

Ciertamente nada atrae tanto al hombre como lo humano. Conocer los resor tes secretos de la conducta humana, so bre todo de una mentalidad cumbre, es algo que inspira curiosidad vehemente, máxime si revela una evolución tan sor-

prendente como la del *cultivador de células* hacia el cultivo de la vida espiritual.

¡Qué contraste! El cultivo de los tejidos habrá sido seguramente piedra de escándalo y motivo de acabar de perder la fe para más de uno.

¿Es que tiene alguna relación el cultivo de células y la fe?

*En este mundo traidor
nada es verdad ni es mentira;
todo es según el color
del cristal con que se mira.*

Arrancar un pedazo de un ser vivo, arrancar un pedazo de un ser recién muerto, cultivarlo aparte, ver que las células viven, se multiplican y se diferencian, es notable y sugeridor. Los

suspicaces ya ven en ello la ruina del concepto clásico de la *forma substancial* de los seres vivos y con esa ruina la de nuestro concepto de alma humana. ¿Y después...?

Pero lo más curioso es que el cultivador de tejidos, a pesar de ello, se lance a escribir un libro encomiando la oración. ¿Es tal vez porque las dudas que la ciencia produce en la fe surten sobre el alma efecto análogo al de las duchas sobre el cuerpo? Eso sería si Alexis Carrrel hubiese sido ya creyente, lo cual no puedo afirmar. Tal vez sea más verosímil que las dudas que la ciencia suscita no basten para perder o para impedir la fe, y que el obstáculo a ésta resida en el corazón. El trabajo científico no ha im-

L A O R A C I O N

pedido a Carrel encontrar la VERDAD.

Y es que el verdadero hombre de ciencia reconoce muy pronto la limitación y falibilidad de su mente y que la más lógica—al parecer—hipótesis de trabajo necesita el contraste de la realidad experimental. El científico comprueba que sus *generalizaciones*, aun las mejor fundadas, son tan sólo verdades fraccionarias, con las cuales no puede atreverse a demoler otras verdades, obtenidas de otras realidades, distintas de las que él estudia. El pedante, sí, se atreve a combatir en nombre de la ciencia experimental, cambiante como la luna, la filosofía, la moral y aun la religión revelada. Pero el sabio desconfía de sí mismo y *abre los ojos a toda realidad*, aunque sea

L A O R A C I O N

diferente de la que él maneja, por especialización profesional, o sea: por limitación de fuerzas. El descreimiento del hombre de ciencia no procede de su vigor mental, sino de su petulancia, de sus vicios que no quiere reconocer y combatir, o de *compromisos adquiridos*. Ya lo dijo el Maestro: «Quien obra mal aborrece la luz y no viene a la luz, porque sus obras no sean reprendidas» (San Juan 3-20).

(*) De Alexis Carrel podemos, por tanto, afirmar que poseía un corazón noble. Pero también podemos asegurar que tuvo dudas en la fe y que no le abandonaron hasta fecha reciente. Sería interesante conocer la biografía detallada del gran hombre de ciencia; conocer a fondo el

(¹) Nació en 1873 cosa de Lyon.
Educado en los jesuitas.

proceso de su incredulidad y de su conversión paulatina; pero tal vez unos pocos datos basten para bosquejarla.

Hace pocos años, en una conferencia pronunciada por un sacerdote en el Centro de Defensa Social de Madrid, escuché la siguiente anécdota de Carrel. Siendo profesor de Anatomía en la Facultad de Medicina de Lyon, asistía a una enferma de tuberculosis vertebral en tan avanzado estado que hacía inútiles los esfuerzos terapéuticos. Acaso por quitársela de encima recomendó a la paciente una visita a la gruta de Lourdes. Cuando regresó curada y, previos los reconocimientos oportunos, consideró el caso digno de ser presentado a los compañeros de Facultad. Adujo la historia

clínica con los datos anteriores y posteriores a la curación y la evidente influencia terapéutica de Lourdes. Los sabios profesores rasgaron sus vestiduras y, por todo comentario, lanzaron irónicos y despectivos la pregunta de si el joven prosector creía en semejantes patrañas. El se limitó a decir que presentaba un *hecho* clínico y planteaba un *problema* para su estudio científico. La respuesta fué la expulsión del joven médico de aquella Facultad, y el Dr. Carrel huyó de su patria para refugiarse en el Instituto de Fisiología Stewart, de Chicago. Esto ocurrió en el año 1904. En 1912 se le concedía el premio Nóbel de Medicina.

Por los años gloriosos y azarosos de

L A O R A C I O N

nuestro Movimiento Nacional tuve la fortuna de leer un libro de Carrel: «L'Homme cet Innconu» que creo debiera traducirse por «Un ser desconocido: el hombre». Me acordé del episodio de Lourdes y me sorprendí no tanto de que Carrel hablase del alma, de Díos, de la oración y el milagro, sino de que no se expresase más claramente. Me hizo la impresión del que, viendo toda la verdad, no se atreve a sacar las consecuencias. ¿Es que tenía Carrel *compromisos adquiridos* que le impidieron mostrarse franca y decididamente católico?

Cuando conocí este libro sobre la oración no me sorprendió. Vi en él un paso más en la evolución psicológica de su autor. Porque en el libro anteriormente

L A O R A C I O N

citado se hallaba ya el germen de éste; un germen del cual no quiso o no se atrevió a mostrar sino la faceta humana, el aspecto biológico o energético natural.

El hombre, decía Carrel, no tiene únicamente actividades fisiológicas y actividades intelectuales que «le distinguen de todos los demás animales», sino también *actividad moral, sentido moral* «más impresionante que la belleza de la Naturaleza y que es la base de la civilización». Tiene *actividad mística* o del *sentido religioso* «una de las actividades humanas más esenciales». «El sentido religioso vuelve a manifestarse entre la gente de elevada cultura». «En su estado elemental se compone de una vaga aspiración hacia un poder que trasciende las normas ma-

L A O R A C I O N

teriales y mentales de nuestro mundo, una especie de plegaria sin formular, una búsqueda más absoluta que la del arte o la ciencia. Es análogo a la actividad estética. El amor a la belleza conduce al misticismo».

Desgraciadamente, estas palabras recuerdan la herejía modernista, condenada por Pío X en la Encíclica Pascendi (1907). En la exposición de las doctrinas modernistas, transcribe la Encíclica estas frases: «En efecto, todo *fenómeno vital* y, ya queda dicho que tal es la religión, reconoce por primer estímulo cierto impulso o indigencia, y por primera manifestación ese movimiento del corazón que llamamos sentimiento... sentimiento engendrado por la necesidad o indigencia de

L A O R A C I O N

lo divino... indigencia de lo divino, sin juicio alguno previo, que suscita en el alma *naturalmente* inclinada a la religión, un sentimiento de carácter especial».

Y, al final de su libro, resume Carrel su pensamiento con estas palabras: «Pero nos hallamos aún en el mundo creado por las ciencias de la materia inerte, sin ningún respeto por las leyes de nuestro desarrollo, sin ningún respeto por las *necesidades de nuestro espíritu*... A semejante mundo no podemos adaptarnos. Rebelémonos, pues, contra él... La ciencia del hombre nos da hoy el poder de desarrollar *todas* las potencialidades de *nuestro cuerpo*».

En esta doctrina informe, infectada todavía de materialismo y que no permi-

*La obra póstuma "Viaje a Lourdes" 19
→ ya la obra de un autor. Publicado en París,
Ed. Plm, 1949.*

te ver aún al creyente, veo yo, sin embargo, el germen del presente libro. Creo ver la fuerza inductiva del milagro de Lourdes, de aquella realidad evidente que, si Carrel no se atrevió a aceptar plenamente, tampoco la rechazó del todo, como rechazaron algunos judíos la realidad de la resurrección de Lázaro. Aquella vivencia, íntimamente anclada en su noble corazón, propendió toda su vida a sobresalir y engendró en él la tendencia a *ponderar otras realidades* que las estudiadas, con el cultivo de las células. Sin duda comprendió que, así como aquellas células *vivas* que él cultivaba, estuvieron un día supeditadas a la unidad de organismo a que pertenecían, así el organismo humano está supeditado al

espíritu, «oculto en el seno de la materia viviente completamente descuidado por los fisiólogos y los economistas, casi ignorado por los médicos. Y sin embargo, el más formidable poder de este mundo... ¿Debería ser considerado como un ser inmaterial, situado fuera del espacio y del tiempo, fuera de las dimensiones del Universo cósmico, insertado por un procedimiento desconocido en nuestro cerebro, y que sería la condición indispensable de sus manifestaciones y el agente determinante de sus características?».

En su forma de ver, organismo y espíritu constituyen un *individuo*, una unidad, que están como sumergidos en un Universo dentro del cual el *hombre no es meramente pasivo*. «La belleza del Uni-

verso crecerá necesariamente con la fuerza de nuestras actividades orgánicas y mentales».

«Debemos librar al hombre de un cosmos creado por el genio de los físicos y astrónomos, de ese cosmos en que se halla preso desde el Renacimiento. A pesar de su prodigiosa inmensidad, *el mundo de la materia es demasiado estrecho para el hombre...* Sabemos que no estamos comprendidos del todo dentro de sus dimensiones; que nos extendemos en alguna otra parte, fuera del continuo físico. El hombre es, a la vez, un objeto material, un ser viviente y un poco de actividades mentales... Pertenece a la superficie de la Tierra igual que las plantas y los animales, se siente a gusto en su

compañía... Pero también pertenece a otro mundo. Un mundo que, aunque se halla dentro de sí mismo, se extiende más allá del espacio y del tiempo. Y en ese mundo, si su voluntad es indomable, puede viajar por ciclos infinitos. El ciclo de la Belleza contemplado por los sabios, los artistas y los poetas. El ciclo del Amor, que inspira el heroísmo y la renuncia. El ciclo de la Gracia suprema, que recompensa a aquellos que buscan apasionadamente el principio de todas las cosas...»

Cuando el hombre adopta tal actitud vital «que es sinónima de *activa*» frente al ambiente, recoge dos cosechas: una, referente a sí mismo; otra, referente a las mismas fuerzas naturales que son suby-

L A O R A C I O N

gadas. Respecto a sí, por la trabazón de unidad de lo psíquico y lo físico. «Cuando encauzamos nuestra actividad hacia un fin preciso, nuestras funciones mentales y orgánicas se armonizan, completamente. La unificación de los deseos, la aplicación del espíritu a un solo propósito, produce una especie de paz interior. El hombre está formado tanto por la meditación como por la acción. Pero no debe contentarse con contemplar la belleza del océano, de las montañas y de las nubes, las obras de los artistas y de los poetas, las majestuosas construcciones del pensamiento filosófico, las formas matemáticas que expresan las leyes naturales. Debe ser, también, el alma, que lucha por alcanzar su idea moral, *que busca*

L A O R A C I O N

la luz en la oscuridad de este mundo, que recorre el camino místico y renuncia a sí mismo para alcanzar al invisible substrato del Universo».

Esta concentración de nuestras fuerzas, que aumenta su poder; esa armonía de nuestras funciones, que es la higidez de la mente, expresada por esa especie de paz interior, ya es cosecha y botín suficiente para ser codiciada y procurada, en vez de dispersar nuestras energías en la caza de mariposas, que son los apetitos fugaces, cambiantes e inoportunos de nuestros sentidos corporales. Pero aun hay más; porque hay una palanca poderosa para remover las fuerzas del mundo. Ved cómo se expresa, respecto a ella, Carrel:

«Ciertas actividades espirituales pueden causar modificaciones anatómicas, así como funcionales, de los tejidos y los órganos. Estos fenómenos orgánicos se observan en diversas circunstancias, entre ellas en estado de ORACION. Hay que entender por oración, no un recitado mecánico de fórmulas, sino una elevación mística, una absorción de la conciencia en la contemplación de un Principio inmanente y trascendente, a la vez, de nuestro mundo... La oración que va seguida de efectos orgánicos es de naturaleza especial... Este tipo de oración necesita la completa renunciación, es decir, una forma elevada de ascetismo... Cuando posee semejantes características, la oración puede hacer que se produzca

un extraño fenómeno: el MILAGRO.»

«Las curaciones milagrosas se producen rara vez. A pesar de su corto número, demuestran la existencia de procesos orgánicos y mentales que nos son desconocidos y demuestran también que ciertos estados místicos, tales como el de la oración, tienen efectos definidos. Son *hechos innegables*, irreducibles, que es preciso tener en cuenta... El autor ha intentado estudiar las características de este género de curación al igual que las de otras curaciones. Empezó su estudio en 1902, en una época en que la documentación era escasa, en que era difícil para un médico joven—y peligroso para su carrera futura—interesarse por semejante tema. Hoy en día, cualquier médico

L A O R A C I O N

puede observar los enfermos llevados a Lourdes y examinar los archivos conservados en la Oficina Médica...»

«En todos los países, en todos tiempos, la gente ha creído en la existencia de los milagros... Pero después del gran impulso de la Ciencia, durante el siglo xix, esta creencia desapareció por completo... Todavía es ésta la actitud de la mayoría de los fisiólogos y los médicos. Sin embargo, *en vista de los hechos* observados en los últimos cincuenta años, no puede sostenerse esta actitud. Los casos más importantes de curación milagrosa se han registrado en la Oficina Médica de Lourdes.

Nuestro concepto actual de la influencia de la oración sobre las lesiones patoló-

L A O R A C I O N

gicas, está basado en la observación de pacientes que han sido curados casi instantáneamente de diversas afecciones... La única condición indispensable para que el fenómeno se produzca es la plegaria. Pero no es necesario que sea el mismo paciente el que rece, ni siquiera que tenga fe religiosa. Basta con que alguien a su alrededor se halle en estado de oración. Estos hechos son profundamente significativos. Muestran la realidad de ciertas relaciones de naturaleza aun desconocida entre los procesos psicológicos y los orgánicos. Prueban la importancia objetiva de las actividades espirituales que los higienistas, los médicos, los educadores y los sociólogos han dejado de estudiar casi siempre.

Abren al hombre un mundo nuevo.»

No hago más, ciertamente, todas estas afirmaciones del ilustre Alexis Carrel. Solamente las he transcrita como documento de su evolución psicológica, de la evolución psicológica de un corazón noble que *busca la luz*, basándose en los *hechos sensibles*. Pero me recuerda al ciego curado por el Salvador que recobró la vista gradualmente y veía a los hombres como *árboles que andaban*.

El Dr. Carrel, aun en este último libro sobre la oración, sienta afirmaciones de la herejía modernista.

Según él, «hacer la voluntad de Dios consiste, evidentemente, en obedecer las *leyes de la vida*, tales como se encuentran grabadas en nuestros tejidos, en

nuestra sangre y en nuestro espíritu».

El Dr. Carrel olvidó dos cosas: Primera, que nuestra naturaleza está viciada por el pecado original que inoculó en ella la propensión al error y la pasión, las cuales nos son inherentes en nuestra actual situación: son la *ley de la carne*, que decía el apóstol San Pablo, y la voluntad de Dios es que combatamos esa ley.

Segunda cosa que olvida Carrel: plugo al Creador crear al hombre con destino sobrenatural, con destino a una vida sobrenatural, que no tiene sus raíces en la mera naturaleza humana, aunque no estuviese viciada por el pecado. «En verdad, en verdad te digo que quien no naciere de arriba no podrá entrar en el reino de Dios... En verdad, en verdad te digo que

L A O R A C I O N

quién no naciere del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de los Cielos. Lo que nace de la carne, carne es; pero lo que nace del Espíritu es espíritu» (Juan-3-5-6). «No se trata ya del antiguo error que ponía en la naturaleza humana cierto derecho al orden sobrenatural. Mucho más adelante se ha ido; a saber: hasta afirmar que nuestra Santísima Religión, en Cristo, lo mismo que en nosotros, es fruto propio y espontáneo de la naturaleza; nada más propio, en verdad, para destruir todo el orden sobrenatural». (Pascendi - A-8).

En el capítulo siete vuelve Carrel a afirmar: «De hecho el *sentimiento religioso* parece ser un *impulso* que brota de lo más profundo de nuestra *naturaleza*,

L A O R A C I O N

o sea: una actividad fundamental. Sus variaciones, en una agrupación humana, están casi siempre ligadas a las de otras actividades básicas—el sentido moral, o carácter, y, a veces, el sentimiento de lo bello—. Y es esta parte tan importante de nosotros mismos la que dejamos atrofiar y aun desaparecer.»

Tal vez convenga distinguir en ésta como en las demás afirmaciones de Carrel lo que dice y lo que quiere decir. Lo que dice, al principio del párrafo, recuerda la herejía modernista, expresada así en la Encíclica Pascendi (A-8) «El *sentimiento religioso*, pues, que brota por *vital inmanencia* de los senos de la *subconciencia*, es el *germen de toda religión* y la *razón asimismo de todo lo que en*

cada una hay y habrá. Rudimental y casi informe, en un principio, tal *sentimiento* poco a poco y bajo el influjo del oculto principio que le produjo, se robusteció al paso del progreso de la vida humana, de que dijimos es una de las formas. Tenemos así ya explicado el origen de toda religión, aun sobrenatural, pues es mero desarrollo del *sentimiento religioso*».

Desgraciadamente, no ha sido un *lapsus* de Carrel, puesto que termina ese mismo capítulo con estas palabras: «la oración podría, por tanto, ser considerada como el agente de las relaciones *naturales* entre la conciencia y el medio que le es propio, y como una *actividad biológica* dependiente de nuestra estructura. En otros términos, como una fun-

ción normal de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu».

El lenguaje de San Pablo es distinto a éste. En su epístola a los Romanos (8-26 y 27) dice: «Y además ~~de~~ del Espíritu divino ayuda a nuestra flaqueza, pues no sabiendo siquiera qué hemos de pedir en nuestras oraciones, ni cómo conviene hacerlo, el mismo Espíritu hace o produce en nuestro interior nuestras peticiones a Dios, con gemidos que son inexplicables. Pero aquél que penetra a fondo los corazones conoce bien qué es lo que desea el Espíritu, el cual no pide nada por los santos que no sea según Dios».

La oración, por tanto, no es iniciada por nuestra naturaleza, sino por Dios. Y me atrevería a decir que la oración de

L A O R A C I O N

cualquier hombre, aunque no sea cristiano. Por cuanto San Juan en el principio de su Evangelio, nos dice que el Verbo, «luz verdadera ilumina a todo hombre que viene a este mundo».

Nosotros en esto, como en todo, podemos *secundar* o no, la moción del Espíritu.

Tampoco es cierto que la oración que hace milagros sea una oración especial, de elevado ascetismo, de *particular energía*. Que Dios realice o no un milagro, depende de su beneplácito. Cuando los diez leprosos pidieron a nuestro Salvador la curación se la concedió el Señor a todos, y nueve eran unos pícaros. En la vida sobrenatural no podemos buscar un determinismo energético, sino espiritual

L A O R A C I O N

y sobrehumano. Lo cierto es que el Señor nos oirá si le pedimos el «espíritu bueno».

Por lo demás, el Dr. Carrel quiere decir otra cosa y, por cierto, interesante.

Puesto que la oración y la actividad religiosa es ejecutada por el hombre, tiene una faceta humana, un aspecto biológico y social. Nuestra estructura, nuestros tejidos, nuestra sangre, matizan el modo de orar, matizan los efectos de la oración en nosotros y en los demás. Por eso hay que prepararse para la oración, hay que buscar sitio adecuado, postura conveniente; hay que tantear varias técnicas con el consejo de un director.

Por otra parte, la oración y la religiosidad producen efectos sensibles en nues-

tro cuerpo; los más beneficiosos efectos que los médicos podemos comprobar. Todo el que está en gracia y aumenta esa gracia, una vez habida, como dice el catecismo, por la oración, sacramentos y ejercicio de virtudes, recoge en mayor o menor grado los frutos del Espíritu: el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad..., etc. Todo lo cual es expresión de higidez y armonía mental. Es lo contrario de pandemia, de angustia y ansiedad que asuela los corazones hoy día. ¡Cuántas dispepsias y colitis, hipertensiones y diabetes, neurosis, etc., se curarían, si además de los remedios materiales, se pusieran en práctica las enseñanzas de Cristo! Tenemos en nosotros una mina de oro que no sabemos explotar.

Y las consecuencias son trágicas. Pues no solamente no adquirimos lo que nos falta, sino que perdemos aún lo que tenemos. Porque la religiosidad si no procede del sentido moral ni del sentimiento de lo bello, como afirma Carrel, lo que sí hace es acrecentarlos por el ejercicio y por el auxilio de lo sobrenatural. Y la falta de religiosidad los embota, y deja prosperar las *leyes de nuestros tejidos y de nuestra sangre*, tantas veces viciada por la herencia. Los hombres van suprimiendo confesonarios, es verdad; pero van gastando más y más en manicomios y cárceles.

Tiene razón Carrel al afirmar que «la oración es indispensable para nuestro supremo desenvolvimiento». La oración,

L A O R A C I O N

aun considerada desde el punto de vista humano, es reflexión y es aspiración; es ejercicio del entendimiento y de la voluntad, con miras al bien obrar y nadie puede negar que el bien obrar es todo el hombre. El que nunca reflexiona en su conducta moral es un irreflexivo. Nuestros *valores* morales deciden nuestra conducta. Y solamente en el *repose atento* de la oración, en ese estado de voluntaria inhibición de nuestras tendencias bastardas y de aspiración a la Bondad sin límites, es como pueden elaborarse nuestros valores. Por algo decía Santa Teresa que «el alma sin oración es cual nave sin timón».

Pero, dejemos ya la palabra al Doctor Carrel.

L A O R A C I O N

Yo sólo te añadiré, lector amable, que si sus palabras son instrumento que despierte en ti curiosidad o interés por la oración, *nolite obdurare corda vestra*, no endurezcas tu corazón; secunda la llamada del Espíritu y aplica en sufragio, agraciado, por el alma de Carrel, el esfuerzo para instruirte más y más. Y me atrevo a recomendarte otros dos opúsculos preciosos. Uno es «Del gran medio de la oración» de San Alfonso M.^a de Ligorio. Otro es «Una fuente de Energía» del P. Heredia.

DR. ENRÍQUEZ DE SALAMANCA.

Madrid, Julio de 1946.

*Mes y año de mi
ordenación
sacerdotal.
41*

P R E F A C I O

EN Diciembre del año 1940, el autor de este pequeño libro escribió en inglés para la gran revista americana *Reader's Digest*, un artículo sobre el poder de la oración.

Este artículo fué publicado a principios del año 1941, después de haber sido reducido y arreglado por uno de los editores. Al poco tiempo fué traducido al francés, probablemente en Suiza, y se publicó en el *Journal de Geneve*. Más tarde volvió a ser publicado en Francia en uno de los números de *Semaine Religieuse*. Fué entonces cuando el autor tuvo conocimiento de esa traducción, y,

L A O R A C I O N

no estando satisfecho con ella, decidió escribir un nuevo ensayo sobre la oración a primeros de Enero de 1944.

El autor no es un teólogo ni un filósofo. Se expresa en un lenguaje al alcance de todos, y emplea las palabras en su acepción vulgar, aunque algunas veces las use también en su significado científico.

Ruega, por lo tanto, a los teólogos que tengan para con él la misma indulgencia que él emplearía con ellos si tratasen cualquier tema referente a la fisiología.

Este estudio de la oración es un resumen sumamente breve de una innumerable cantidad de observaciones recogidas en el curso de una larga carrera al lado

L A O R A C I O N

de personas de todas las condiciones: occidentales y orientales, enfermos y sanos, sacerdotes católicos, religiosos y religiosas de todas las órdenes, pastores protestantes de todas las sectas, maestros, médicos y enfermeras, hombres y mujeres de todas las profesiones y de todas las categorías sociales. Por otra parte su experiencia de cirujano, de médico, y de fisiólogo, así como los estudios de laboratorio a que se ha entregado desde hace años sobre la regeneración de los tejidos y la cicatrización de las heridas, le han permitido apreciar en su justo valor ciertos efectos curativos de la oración. Por eso se refiere en el presente libro a cosas observadas por él mismo o por personas incapaces de cualquier observación que

L A O R A C I O N

no fuese honesta y precisa. Prefirió ser incompleto a citar datos insuficientemente probados. Por encima de todo se esforzó por mantenerse en el sólido terreno de la realidad.

Hablar de oración a los hombres modernos parece a primera vista un intento inútil. Mas, ¿no es indispensable que conozcamos todas las actividades de que somos capaces?

En efecto, no podemos dejar ninguna actividad inutilizada sin correr un grave riesgo, nosotros mismos o nuestros descendientes.

La atrofia del sentido de lo sagrado y del sentido moral se muestra tan perjudicial como la atrofia de la inteligencia.

Estas líneas se dirigen, por lo tanto, a

L A O R A C I O N

toda clase de personas: a los descreídos tanto como a los creyentes, ya que la vida para triunfar en ella como es debido, impone a todos las mismas obligaciones y exige que todos procedamos en perfecta armonía con nuestra estructura corporal e intelectual. Por esta razón, nadie debe ignorar las necesidades más profundas y sutiles de nuestra naturaleza.

ALEXIS CARRÉL

LA ORACION
INTRODUCCION

A nosotros, hombres de Occidente, la razón nos parece superior a la intuición. Preferimos de manera especial la inteligencia al sentimiento. La ciencia irradia, al paso que la religión se extingue. Seguimos a Descartes y abandonamos a Pascal.

De esta manera procuramos, en primer lugar, desarrollar en nosotros la inteligencia. Respecto a las actividades no intelectuales del espíritu, tales como el sentido moral, el sentido de lo bello y especialmente el sentido de lo sagrado, se desprecian de forma casi completa. La atrofia de estas actividades fundamentales

convierte al hombre moderno en un ser espiritualmente ciego. Semejante enfermedad no le permite ser un buen elemento constitutivo de la sociedad. La mala calidad del individuo es la causa principal del desmoronamiento de nuestra civilización. De hecho, lo espiritual aparece tan indispensable para el buen éxito en la vida como lo intelectual y lo material. A consecuencia de ello urge hacer en nosotros mismos, un renacimiento de aquellas actividades, que, mucho más que la inteligencia, dan su fuerza a la personalidad. La más ignorada de ellas es el sentido de lo sagrado o sentimiento religioso.

El sentido de lo sagrado se expresa, sobre todo, por la oración. La oración,

como sentido de lo sagrado, es evidentemente un fenómeno espiritual. Pero el mundo espiritual se encuentra fuera del alcance de nuestra técnica. ¿Cómo podemos, por lo tanto, adquirir un conocimiento positivo de la oración? Felizmente, el dominio de la ciencia abarca la totalidad de lo que es observable y puede extenderse por medio de la fisiología hasta las manifestaciones de lo espiritual. Así, merced a la observación sistemática del hombre que reza, podremos aprender nosotros en qué consiste el fenómeno de la oración, la técnica de su desarrollo y sus efectos.

CAPITULO I
DEFINICION DE LA ORACION

LA oración parece ser esencialmente una tensión del espíritu hacia el *substratum* inmaterial del universo.

De una manera general consiste en una queja, en un grito de angustia, en una llamada de socorro, y, a veces, se convierte en una serena contemplación del principio inmanente y trascendente de todas las cosas.

Podemos igualmente definirla como una elevación del alma hasta Dios o como un acto de amor y de adoración para con Aquél a quien se debe este prodigo que se llama vida.

En realidad, la oración representa el

L A O R A C I O N

esfuerzo del hombre para comunicarse con un ser invisible, creador de todo lo que existe, suprema sabiduría, fuerza y belleza, padre y salvador de todos y de cada uno de nosotros.

Lejos de consistir en una simple recitación de fórmulas, la verdadera oración representa un estado místico en el cual la conciencia se absorbe en Dios. Este estado no es de naturaleza intelectual y por eso se conserva inaccesible e incomprendible a filósofos y sabios. De la misma manera que el sentido de lo bello y del amor, no exige ningún conocimiento libreresco.

Las almas sencillas sienten a Dios tan naturalmente como experimentan el calor del sol o el perfume de una flor. Mas

L A O R A C I O N

este Dios tan abordable para aquél que sabe amar, se oculta en cambio ante quien no sabe comprenderle.

El pensamiento y la palabra se sienten impotentes cuando intentan describirle. Por eso la oración encuentra su más alta expresión en un arrobo de amor a través de la noche oscura de la inteligencia.

CAPÍTULO II
F O R M A D E O R A R

¿CÓMO se debe orar? Hemos aprendido la técnica de la oración con los místicos cristianos desde San Pablo de Tarso hasta San Benito de Nursia, y hasta esa multitud de apóstoles anónimos que durante veinte siglos, iniciaron a los pueblos de Occidente en la vida religiosa.

El Dios de Platón era inaccesible en su grandeza. El de Epicteto confundíase con el alma de las cosas. Jehová era un déspota oriental que inspiraba temor y no amor. El cristianismo, por el contrario, colocó a Dios al alcance del hombre. Le dió un rostro, le hizo nuestro padre,

L A O R A C I O N

nuestro hermano, nuestro salvador. Para llegar hasta Dios no hay necesidad de un ceremonial complicado ni de sacrificios cruentos. La oración se convierte de este modo en un acto fácil y de prácticas sencillas.

Para orar basta solamente el esfuerzo que intentamos hacer para elevarnos a Dios. Tal esfuerzo debe ser afectivo y no intelectual.

Una meditación sobre la grandeza de Dios, por ejemplo, no es una oración, a no ser que sea al mismo tiempo una expresión de amor y de fe. Y así, la oración, según el método de La Salle, parte de una consideración intelectual que inmediatamente se convierte en afectiva.

L A O R A C I O N

Sea corta o larga, vocal o sólo mental, debe ser siempre la súplica semejante a la conversación que una criatura tiene con su padre. «Cada una se manifiesta conforme es», decía en cierta ocasión una humilde Hermanita de la Caridad que desde hacía treinta años consagraba su vida al servicio de los pobres. En resumen: se reza, como se ama, con todo nuestro ser.

En cuanto a la forma de la oración, ésta varía desde la breve elevación a Dios hasta la contemplación, desde las simples palabras pronunciadas por la campesina que se arrodilla ante Dios en la encrucijada de los caminos hasta la magnificencia del canto gregoriano bajo las bóvedas de una espléndida catedral. La solemnidad, la be-

L A O R A C I O N

lleza y lo grandioso no son necesarios para la eficacia de la oración.

Muy pocos hombres han sabido orar como San Juan de la Cruz o como San Bernardo de Claraval. Mas no es preciso emplear una gran elocuencia para ser escuchado.

Cuando se aprecia el valor de la oración por sus resultados, nuestras más humildes palabras de súplica y alabanza parecen tan aceptables al Señor de todo lo creado como las más bellas invocaciones.

Fórmulas recitadas mecánicamente son también, en cierto modo, una oración. Sucede lo mismo que con la llama de un cirio. Basta para ello que esas palabras sin vida y esa llama material simbolicen el impulso de un ser humano hacia Dios.

L A O R A C I O N

También se puede orar por medio de la acción. San Luis Gonzaga afirmaba que el cumplimiento del deber es equivalente a una plegaria. La mejor manera de comunicarse con Dios es, sin duda alguna, cumplir íntegramente su voluntad: «Padre nuestro, venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...»

Ahora bien, hacer la voluntad de Dios consiste, evidentemente, en obedecer las leyes de la vida tal como se encuentran grabadas en nuestros tejidos, en nuestra sangre y en nuestro espíritu.

Las oraciones que se elevan como una espesa nube desde la superficie de la tierra, difieren tanto unas de otras como la personalidad de los seres que rezan. Pero

L A O R A C I O N

consiste en variaciones sobre dos mismos temas: la amargura y el amor.

Es completamente justo implorar el auxilio de Dios para obtener aquello que necesitamos. No obstante, sería absurdo pedir la realización de un capricho o aquello que depende de nuestro propio esfuerzo. La petición constante, obstinada y tenaz obtiene un feliz resultado. Un ciego sentado a la vera de un camino lanzaba sus súplicas en voz cada vez más alta, a pesar de que las personas que le escuchaban le ordenaban callar. «Tu fe te ha curado», le dijo Jesús al pasar.

En su forma más elevada la oración deja de ser una súplica. El hombre manifiesta al Señor de todo lo existente que le ama, que le agradece sus bondades, y

L A O R A C I O N

que está dispuesto a cumplir su voluntad sea cual fuere. El rezo se convierte de esta manera en contemplación. Un viejo campesino se hallaba sentado solo en el último banco de una iglesia vacía. «¿Qué esperáis?». —le preguntaron— «Yo le miro —respondió el interpelado— y El me mira».

El valor de una técnica se mide por sus resultados. Toda técnica de oración es buena cuando pone al hombre en contacto con Dios.

CAPITULO III

DONDE Y CUANDO SE DEBE ORAR

¿DÓNDE y cuándo se debe orar? Se puede orar en todas partes: en la calle, en automóvil, en tren, en la oficina, en la escuela, en la fábrica. Pero donde mejor se puede hallar a Dios es en contacto con la Naturaleza: en el campo, en las montañas, en los bosques o en la soledad de la habitación.

Existen también las oraciones litúrgicas que se practican en la iglesia. Mas sea cual fuere el lugar de la oración, Dios no habla al hombre hasta que éste no ha logrado establecer la calma en sí mismo. La paz interior depende al mismo tiempo de nuestro estado orgánico y mental y

L A O R A C I O N

del medio en que nos desenvolvemos habitualmente. La paz del cuerpo y del espíritu es difícil de conseguir en medio del bullicio, de la confusión y disipación de las ciudades modernas.

Hoy en día existe una gran necesidad de lugares destinados a la oración, y éstos son preferentemente las iglesias, donde los habitantes de las ciudades puedan encontrar, aunque sea durante un breve momento, las condiciones físicas y psicológicas indispensables para lograr la paz interna.

No sería difícil ni costoso crear unas islas de calma acogedoras y bellas en medio del tumulto de las grandes capitales. En el silencio de estos refugios podrían los hombres, elevando sus pen-

L A O R A C I O N

samientos a Dios, reposar sus músculos y sus órganos, distender el espíritu, aclarar el raciocinio y recibir la fuerza suficiente para soportar la dura vida con que los abruma nuestra civilización.

Sólo acostumbrándose a ello, la oración influye sobre el carácter. Es por lo tanto necesario rezar con frecuencia. «Piensa en Dios más veces que las que respiras» decía Epicteto. No obstante sería absurdo que orásemos por la mañana y el resto del día nos portásemos como salvajes.

Pensamientos brevísimos o invocaciones mentales pueden ayudar al hombre a mantenerse en la presencia de Dios, ya que toda nuestra manera de proceder

L A O R A C I O N

estaría entonces inspirada por la oración.

Así entendida la súplica se convierte en una norma de vida.

CAPITULO IV EFFECTOS DE LA ORACION

SIEMPRE que sea hecha la oración en condiciones convenientes va seguida de un resultado. «Nunca hombre alguno oró sin aprender algo» escribió Ralph Waldo Emerson.

No obstante el rezo está considerado entre los hombres modernos como un hábito anticuado, una vana superstición o un resto de barbarie. En verdad ignoramos sus efectos casi por completo.

¿Cuáles pueden ser en realidad las causas de nuestra ignorancia? En primer lugar, el poco uso de la oración. El sentimiento de lo sagrado está en vías de desaparecer entre los civilizados hasta el punto de

L A O R A C I O N

que hoy en día el número de franceses que reza se aproxima a un cuatro o cinco por ciento del total de la población.

En segundo lugar, la oración es en la mayoría de los casos estéril, ya que la mayor parte de los que oran son de temperamento egoísta, mentirosos, soberbios, fariseos incapaces de sentir la fe y el amor.

Por último, cuando los efectos de la oración llegan a producirse pasan desapercibidos para nosotros.

La respuesta a nuestras peticiones y a nuestro amor es dada habitualmente de una manera lenta, insensible y apenas perceptible. La débil voz que susurra esa respuesta en lo más íntimo de nuestro ser, queda con facilidad ahogada por

L A O R A C I O N

los ruidos del mundo; y los propios resultados materiales de la oración son también oscuros porque se confunden generalmente con otros fenómenos.

Pocas personas, incluso entre los sacerdotes, han tenido ocasión de observarlos de una manera precisa. Los propios médicos, por falta de interés, dejan muchas veces sin estudiar ciertos casos que tienen a su alcance. Por otra parte, los observadores quedan muchas veces desorientados porque la respuesta está lejos de ser en la mayoría de los casos aquella que esperaban.

Así, el que implora la curación de una enfermedad orgánica continúa sin curarse, pero sufre una profunda e inexplicable transformación moral.

L A O R A C I O N

No obstante, el hábito de rezar, aunque excepcional en el conjunto de las gentes, es relativamente frecuente en los grupos que se mantienen fieles a la religión de sus antepasados.

Y es en esas agrupaciones donde se hace todavía posible estudiar su influencia.

Entre los innumerables efectos de la oración, el médico tiene la oportunidad de observar de una manera especial los llamados psicofisiológicos y curativos.

CAPITULO V EFFECTOS PSICOFISIOLOGICOS

LA oración actúa sobre el espíritu y sobre el cuerpo de forma tal, que parece depender de su cualidad, de su intensidad y de su frecuencia. Es fácil conocer cuál es la frecuencia de la oración y en una cierta medida su intensidad. En cuanto a su cualidad se mantiene desconocida, puesto que no poseemos medios para medir la fe y la capacidad de amor del prójimo.

A pesar de ello, la manera de vivir del que ora, nos puede aclarar las diversas cualidades de las invocaciones que dirige a Dios. Aun cuando la oración es de débil valor y consiste principalmente en

L A O R A C I O N

la recitación maquinal de fórmulas, ejerce un doble efecto sobre el comportamiento del individuo: fortifica al mismo tiempo el sentido de lo sagrado y el sentido moral.

Los pueblos que oran están caracterizados por cierta persistencia del sentimiento del deber y de la responsabilidad, por una menor envidia y maldad y por cierta bondad para con sus semejantes.

Parece demostrado que, en igualdad de desenvolvimiento intelectual, el carácter y el valor moral son más elevados entre las personas que oran, aun cuando lo hagan con tibieza, que entre las que no lo practican.

Cuando la oración es habitual y ver-

L A O R A C I O N

daderamente fervorosa, su influencia se torna más manifiesta y podemos compararla a la de una glándula de secreción interna, como por ejemplo, la tiroides o la suprarrenal. Consiste en una especie de transformación mental y orgánica, transformación que se opera de forma progresiva.

Diríase que en lo más profundo de la conciencia se enciende una llama. El hombre se ve tal cual es. Aparece al descubierto su egoísmo, su codicia, sus equivocaciones y su orgullo. Y entonces se doblega al cumplimiento del deber moral procurando adquirir la humildad intelectual. Así se abre ante él, el reino de la Gracia...

Poco a poco se va produciendo un

L A O R A C I O N

apaciguamiento interior, una armonía de las actividades nerviosas y morales, una mayor resignación ante la pobreza, la calumnia y las fatigas, así como la capacidad de soportar sin desmayo la perdida de los suyos, el dolor, la enfermedad y la muerte.

Por esta razón, cuando el médico ve orar a su paciente debe de alegrarse, pues la calma que proviene de la oración es una poderosa ayuda para la terapéutica. Sin embargo no debemos comparar la oración con la morfina, ya que la súplica origina al mismo tiempo que la quietud una integridad de las actividades mentales, una especie de floración de la personalidad.

A veces produce también el heroísmo.

L A O R A C I O N

Marca en sus fieles como un sello particular. La pureza de la mirada, la tranquilidad del porte, la alegría serena de la expresión, la virilidad del comportamiento y, cuando es preciso, la simple aceptación de la muerte del soldado o del mártir, revelan la presencia del tesoro oculto en lo íntimo de los órganos y del espíritu. Bajo esta influencia, hasta los ignorantes, los retrasados, los débiles, los mal dotados, utilizan mejor sus fuerzas intelectuales y morales.

La oración, según parece, eleva a los hombres por encima de la estatura mental que les pertenece en relación con su herencia y su educación.

Este contacto con Dios los impregna de paz. Y la paz irradia de ellos. Y

L A O R A C I O N

la llevan a todas partes por donde van.

Desgraciadamente no hay hoy en día en el mundo más que un número ínfimo de individuos que sepan orar de manera eficaz.

CAPITULO VI EFFECTOS CURATIVOS

Los efectos curativos de la oración son los que en todas las épocas han despertado la admiración de los hombres. Hoy, en los medios en que todavía se reza, es corriente oír hablar de curaciones obtenidas gracias a las oraciones dirigidas a Dios o a sus santos.

Mas cuando se trata de enfermedades susceptibles de curación espontánea o con ayuda de medicamentos vulgares, es difícil averiguar cuál fué el verdadero agente curativo.

Existen algunos casos en que la terapéutica es inaplicable o en los que no ha producido efecto. Entonces, los resulta-

L A O R A C I O N

dos de la oración pueden ser comprobados de forma cierta.

La Oficina Médica de Lourdes ha prestado un gran servicio a la ciencia al demostrar la realidad de esas curas.

La oración tiene a veces un efecto que podemos llamar explosivo. Hay enfermos que han sido curados casi instantáneamente de afecciones, tales como lupus facial, cáncer, infecciones renales, úlceras, tuberculosis pulmonar, tuberculosis ósea, tuberculosis peritoneal, etc. El fenómeno se produce casi siempre con las mismas características: un gran dolor y al punto la convicción de estar curado. En algunos segundos o, cuando mucho en algunas horas, los síntomas desaparecen y las lesiones orgánicas quedan cicatrizadas.

L A O R A C I O N

El milagro se manifiesta por una extrema aceleración de los procesos normales de curación. Y nunca tal aceleración fué observada hasta el presente en el transcurso de las experiencias hechas por cirujanos y fisiólogos.

Para que estos fenómenos se produzcan no es necesario que el enfermo ore, pues en Lourdes han sido curados niños que todavía no hablaban y hasta personas sin fe. Alguien, entre tanto, rezaba en torno a ellas.

La oración que se hace en beneficio de otro es siempre más fecunda que la que se eleva en propio interés. Y de la intensidad y de la cualidad de la súplica parecen depender sus efectos. En Lourdes los milagros son mucho menos frecuentes de

L A O R A C I O N

lo que eran hace cuarenta o cincuenta años. Los enfermos ya no encuentran allí aquella atmósfera de profundo recogimiento que reinaba antaño: los peregrinos convirtiéronse en turistas y sus súplicas resultaron ineficaces.

Estos son los resultados de la oración acerca de los cuales tengo un conocimiento verdadero. No obstante, existen otros muchos.

La historia de los santos, incluso de los más modernos, nos cuenta muchos hechos maravillosos y no hay duda de que la mayor parte de los milagros atribuidos, por ejemplo, al Cura de Ars, son absolutamente verídicos.

Este conjunto de fenómenos nos conduce a un mundo nuevo cuya explora-

L A O R A C I O N

ción no ha sido iniciada todavía, pero que ha de ser fértil en sorpresas. Lo que sí sabemos ya de manera segura es que la oración produce efectos palpables. Por muy extraño que esto nos parezca debemos considerar como verdad eterna las palabras de Cristo: «Pedit y recibiréis, llamad y se os abrirá».

CAPITULO VII
SIGNIFICADO DE LA ORACION

En resumen: Todo sucede como si Dios escuchase al hombre y le transmitiese su respuesta. Los efectos de la oración no son una ilusión.

No es necesario reducir el sentimiento de lo sagrado a la angustia experimentada por el hombre ante los peligros que le rodean y ante el misterio del universo. Tampoco será preciso hacer de la oración una bebida calmante, un remedio contra el temor al sufrimiento, a la enfermedad o a la muerte. ¿Cuál es, por lo tanto, el significado del sentimiento religioso? ¿Y cuál es el lugar que la propia naturaleza asigna a la oración en nuestra

vida? Tenemos que convencernos de que ese lugar es de suma importancia.

En casi todas las épocas los hombres de Occidente han orado. La Ciudad antigua era principalmente una institución religiosa. Los romanos erigieron por todas partes templos a la divinidad. Nuestros antepasados de la Edad Media cubrieron de catedrales y de capillas góticas el suelo de la Cristiandad. Todavía en nuestros días en lo más alto de cada aldea yérguese un campanario.

Fué gracias a las iglesias así como a las Universidades y a las fábricas, que los viajeros llegados de Europa instauraron en el Nuevo Mundo, la civilización de Occidente.

En el transcurso de nuestra Historia

convírtese la oración en una necesidad tan elemental como la de conquistar, trabajar, construir o amar.

En realidad, el sentimiento religioso parece ser un impulso que brota de lo más profundo de nuestra naturaleza, o sea, una actividad fundamental. Sus variaciones en una agrupación humana están casi siempre ligadas a las de otras actividades básicas: el sentido moral, el carácter y, con frecuencia, el sentimiento de lo bello. Y esta parte tan importante de nosotros mismos es la que dejamos atrofiar y a veces desaparecer.

Tenemos que recordar que el hombre no puede sin grave riesgo dejarse conducir por su capricho. Para triunfar en la vida, ésta debe ser llevada en armonía

con reglas invariables que dependen de su propia estructura.

Corremos un grave peligro cuando dejamos morir en nosotros cualquier actividad fundamental, sea fisiológica intelectual o de orden espiritual. Así, por ejemplo, la falta del desarrollo de los músculos, del esqueleto y de las actividades no racionales del espíritu en ciertos intelectuales, es tan desastrosa como la atrofia de la inteligencia y del sentido moral en algunos atletas. Existen innumerables ejemplos de familias prolíficas y fuertes que no produjeron sino degenerados o que se extinguieron después de la desaparición de las creencias de sus antepasados y del culto al honor.

Hemos aprendido además, por una

dura experiencia, que la pérdida del sentido moral y del sentimiento religioso en la mayoría de los elementos activos de una nación tiene como resultado la pérdida de esa misma nación y su subordinación al extranjero. La ruina de la Grecia antigua fué precedida de un fenómeno análogo. Es evidente, por lo tanto, que la supresión de actividades mentales exigidas por la naturaleza es incompatible con el éxito de la vida.

En la práctica las actividades morales y religiosas están ligadas entre sí. El sentimiento moral se desvanece poco tiempo después del sentimiento religioso. Los hombres no consiguieron, como quería Sócrates, un sistema de moral que fuese independiente de toda doctrina religiosa.

Todas las sociedades que ponen al margen la necesidad de orar están en vías de decadencia. Por esto, todos los hombres civilizados —creyentes o descreídos— deben interesarse por este grave problema del desenvolvimiento de cada actividad básica de que el ser humano es capaz.

¿Cuál es la razón por la que el sentimiento religioso desempeña un papel tan importante en el éxito de la vida?

¿Por medio de qué mecanismo actúa la oración sobre nosotros? En este punto dejamos el dominio de la observación para entrar en el de la hipótesis. Mas la hipótesis, aun cuando atrevida, es necesaria para el progreso del conocimiento.

Debemos recordar, en primer lugar,

que el hombre es un todo indivisible compuesto de tejidos, de líquidos orgánicos y conciencia.

No está, por tanto, enteramente comprendido en las cuatro dimensiones del tiempo y del espacio. Pues la conciencia, si reside en nuestros órganos, prolóngase al mismo tiempo fuera del *continuum* físico. Por otro lado el cuerpo vivo que nos parece independiente de su medio material, esto es, del universo físico, es en realidad, inseparable de él, porque está íntimamente ligado a ese medio por la necesidad del oxígeno del aire y de los alimentos que la tierra le suministra.

¿No se nos permitirá, pues, asegurar que estamos sumergidos en un medio espiritual sin el cual no podremos vivir,

L A O R A C I O N

como no podemos vivir sin el universo material, esto es, la tierra y el aire? Y ese medio no será otro sino el ser inmanente en todos los seres y que a todos trasciende, al cual llamamos Dios.

La oración podría ser por tanto considerada como el agente de las relaciones naturales entre la conciencia y el medio que le es propio, y como una actividad biológica dependiente de nuestra estructura. En otros términos, como una función normal de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu.

CONCLUSION

En suma: El sentimiento de lo sagrado desempeña, en relación con las otras actividades del espíritu, una misión de singular importancia porque nos pone en comunicación con la inmensidad misteriosa del mundo espiritual.

Por medio de la oración el hombre va hasta Dios y Dios entra en él. Orar es un acto que se convierte en indispensable para nuestro supremo desenvolvimiento.

No debemos considerar la oración como un acto practicado solamente por los pobres de espíritu, por los mendigos o por los cobardes.

«Es vergonzoso orar» decía Nietzsche.

L A O R A C I O N

No es más vergonzoso el hacerlo de lo que pueda ser beber o respirar. El hombre tiene necesidad de Dios como del agua y del oxígeno.

Juntamente con la intuición, con el sentido moral, con el sentido de lo bello y con la luz de la inteligencia, el sentimiento de lo sagrado comunica a la personalidad su pleno desarrollo. Y no se puede poner en duda que el éxito en la vida exige el desenvolvimiento integral de cada una de nuestras actividades fisiológicas, intelectuales, afectivas y espirituales. El espíritu es a la vez razón y sentimiento. Tenemos pues que amar la belleza de la ciencia y también la belleza de Dios. Es necesario que escuchemos a Pascal con el mismo fervor con que escuchamos a Descartes.

Í N D I C E

	Páginas
Prólogo.	7
Prefacio.	43
Introducción	51
Capítulo I.—Definición de la oración. .	57
Capítulo II.—Forma de orar.	63
Capítulo III.—Dónde y cuándo se debe orar	69
Capítulo IV.—Efectos de la oración . .	79
Capítulo V.—Efectos psicofisiológicos .	85
Capítulo VI.—Efectos curativos.	93
Capítulo VII.—Significado de la oración	101
Conclusión.	111